

pero pensó que era mejor no hacer tal observación, y después de dirigir una última mirada al de Quimperlé, se retiró diciendo para sí :

— Hay que vigilar á ese muchacho; no me agradan sus ojos.

Ya sabemos que al hacerle suponer algún engaño, no engañaba á sor Felipina su intuición, y sabemos también que sus proyectos de vigilancia no debían impedir la ejecución del doble rapto combinado por Rigoberto, falso sobrino del tío Tanguy, y por Teresa Vignon.

V

LA PLAZA DE LUIS XV

El 20 de Junio de 1763, es decir, al día siguiente del en que se deslizaron los acontecimientos que preceden, considerable muchedumbre obstruía los bordes de la nueva plaza de Luis XV.

Se inauguraba la estatua que el corregidor Gabriel Jerónimo de Bullion, de acuerdo con los regidores, había decidido, en 1744, elevar al rey, en conmemoración de su restablecimiento tras la enfermedad de que fué atacado en Metz, la cual por poco pone á toda Francia de luto.

Quizá extrañe que esta resolución, adoptada diez años antes, permaneciese tanto tiempo sin ser ejecutada. Pero el escultor Eduardo Bouchardon tardó quince años en terminar su obra y los otros tres años se emplearon en buscar emplazamiento para la efigie.

Por otra parte, y aunque los trabajos de la « plaza

del rey » se empezasen en 1750, el soberano no otorgó hasta 1757 las cartas patentes para su construcción definitiva y para el destino que se le reservaba.

Empezada en 1748 por Bouchardon, en sus talleres del barrio del Roule, la estatua ecuestre no se terminó hasta fines de 1762.

Todo el mundo sabe cuán mal empleó Luis XV esos años de expectación. Además, el gobierno de Cotillon II no dejó de atacar al sobrenombre de *Muy Amado* que tanto emocionó al príncipe, el cual, al conocer los arrebatos de alegría á que se entregaban sus súbditos, cuando volvió á la salud, exclamó :

« ¿Qué he hecho yo para merecer tanto cariño? »

Muerto Bouchardon después de terminada su obra, pero antes de poder gozar los elogios que ésta merecía, dióse su sucesión á Pigalle, á quien encargaron ejecutase los adornos y figuras del pedestal.

Aunque el pueblo no se acordase ya apenas de la estatua, y aunque las bendiciones dirigidas al rey habíanse transformado poco á poco en quejas, Alejandro de Segur, corregidor á la muerte de Bouillon, cuidóse activamente de hacer terminar el monumento prometido á la gloria del soberano.

El lugar escogido, y que debía recibir el nombre de plaza de Luis XV, era un vasto espacio comprendido entre el Sena, el guardamuebles de las joyas de la corona, las Tullerías y los Campos Elíseos.

La colosal estatua fué vaciada en bronce, y medía catorce pies.

Fué trasladada á la plaza el mes de abril de 1763.

El rey estaba representado á caballo, en traje de romano, coronado de laureles y peinado á la moderna.

Aquella soberbia obra de arte, según decían todas las personas competentes de la época, se alzaba sobre un pedestal de mármol veteado, de quince pies de largo por nueve de ancho.

Cuatro figuras doradas, que debían de ejecutarse luego en bronce, según los modelos dados por Pigalle, adornaban los cuatro ángulos del pedestal.

La parte delantera, frente al jardín de las Tullerías, dejaba ver dos virtudes : la *Fuerza* y la *Paz*.

Hacia el lado de los Campos Elíseos aparecían otras dos : la *Prudencia* y la *Justicia*.

Dichas virtudes, reducidas al humillante papel de cariátides, inspiraron pronto este epigrama que corrió por París :

Oh! la belle statue! Oh! le beau piédestal!
Les vertus sont à pied, le vice est à cheval! (1)

Tenían ironía sangrienta, aunque no carecían de verdad.

La ornamentación de la plaza no se empezó hasta más tarde, con arreglo á los dibujos de Gabriel.

El puente que enlaza las dos orillas del río no existía en aquella época y, como ya hemos dicho antes, la plaza estaba hasta cierto punto encajada en los macizos

(1) ; Oh! qué bella estatua! ; Oh! ; qué hermoso pedestal!
; Las virtudes están de pie, y el vicio á caballo está!

del oeste, la barrera del Sena al sur, las terrazas de las Tullerías al este y al poniente, el guardamuebles, que formaba esquina con la nueva calle Real.

Nos ha parecido necesario dar todos estos detalles, que han de ser útiles en la continuación de nuestro relato.

Así pues, como acabamos de decir, aquel día procedíase á la inauguración de la magnífica efigie de Luis XV.

En razón de la importancia de la ceremonia, asistía el rey con toda la corte.

En un estrado ricamente engalanado y alfombrado de terciopelo rojo, se hallaba el monarca, teniendo tras sí, á su derecha, á la señora de Pompadour, y, en el mismo plano, una joven de unos treinta años, de belleza altiva y atrevida, llamada marquesa de Coislin.

No sorprendía mucho ver á ésta gozar de tal favor.

Aunque era recién llegada — su aparición en la corte databa sólo de unos tres meses á lo sumo — nadie ignoraba que había sabido captarse desde el primer día el favor de Luis XV, quien no desperdiciaba ocasión de demostrar que le gustaba, lo cual no satisfacía mucho á Madama de Pompadour.

Á las tres en punto, recorrióse la cortina que cubría la estatua, y apareció ante los ojos de la multitud la obra de Bouchardon.

Pero las aclamaciones no fueron calurosas, y el sentimiento que dominaba en la multitud era más bien curiosidad que entusiasmo.

El parisiense, burgués ó plebeyo, conocía demasiado,

en efecto, el libertinaje á que se entregaba el rey, y hacía ya tiempo que se había olvidado de llamarle el Muy Amado.

El monarca creyó conveniente no enterarse de la frialdad de su pueblo; esto le hubiera quitado su felicidad momentánea. Además, sobrado sabía cuál era la causa, y no se preocupaba gran cosa.

Cuando el soberano hubo contemplado bastante su imagen, Alejandro de Segur adelantóse hasta el pie del estrado y pronunció un extenso discurso en honor suyo, haciendo resaltar las grandes y nobles acciones que había llevado á cabo.

Era tan ampuloso ese discurso, según dicen, tan exagerado en todas sus partes, que más parecía una sátira que un panegírico. Tanto, que Luis XV, que no era tonto, pareció algo violento.

No obstante, lo escuchó hasta el fin, sin interrumpirle, limitándose, para disimular su turbación, cuando los períodos del corregidor eran demasiado laudatorios, á volverse ya hacia madama de Pompadour, ya hacia la marquesa de Coislin, como para preguntarles lo que pensaban acerca de la oración.

Pregunta muda á la que una y otra respondían con una sonrisa y una seña de aprobación con la cabeza, aunque no oyeran una palabra de cuanto se decía, por estar constantemente ocupadas en lanzarse miradas de odio y desprecio.

Ambas damas se detestaban desde lo más profundo de su corazón.

Á las cinco había terminado todo, y Luis XV, poco

deseos de gozar más de su impopularidad, se creyó en el deber de regresar á Versalles.

Casi en seguida abandonaron también sus puestos las señoras de Pompadour y de Coislin.

Quando la primera se disponía á subir al carruaje para reunirse á su real amante, cuya carroza huía ya á lo largo del Cours-la Reine, un hombre que acababa de abrirse paso á través de un grupo de personas, la abordó y le dijo con voz reprimida :

— Señora marquesa, sus órdenes han sido cumplidos : la niña está en el lugar indicado.

— ¡Ah! — exclamó alegremente la favorita, — ¿por fin han podido raptarla?

— Anoche, señora.

— Bien, muchas gracias, señor Lebel ; me entusiasma lo que usted me dice. Vuélvase pronto allí, que yo iré esta noche á darle órdenes relativas á esa señorita.

El hombre se marchó.

Madama de Pompadour buscó entonces con la vista á su vecina de estrado, de la que se había separado, y, viéndola á pocos pasos de allí, le dirigió esta vez una mirada de triunfo.

Pero, con gran asombro suyo, la de Coislin le respondió con una mirada parecida.

Durante la corta conversación de la favorita con Lebel, una mujer, que no era otra que Teresa Vignon, habíase acercado á la señora de Coislin, para decirle :

— Señora, tengo mucho gusto en decirle que la joven Luisa Moutier está en el castillo de Chevreiloup.

— ¡Ah! — había exclamado la marquesa. — ¿Ha podido usted apoderarse de ella?

— Sí, señora, anoche.

— Gracias. Se lo agradezco infinito, y la retribuiré en consecuencia. Váyase al lado de ella, pues probablemente necesitaré á usted.

Y he ahí por qué los ojos de la señora de Coislin tenían análoga irradiación que los de Madama de Pompadour.

VI

EL MINOTAURO REAL

Tenemos que remontarnos bastante atrás y, aunque nos sea penoso, confesar aquí los pecadillos de Su Majestad Cristianísima.

El amor no entró para nada en la boda de Luis XV, quien, á los quince años, casóse con María Leckzinska, la cual contaba entonces veintidós. No obstante, estos esposos tuvieron siete hijos; pero, como, hacia 1732, se había quebrantado mucho la salud de la reina, el sabio jesuíta Couturier aconsejó vencer la dificultad proporcionando otra mujer « para servicio del rey ». La nueva dama de Mailly, una señorita de Nesle, fué solicitada; al principio se negó; pero, al fin, consagróse al sacrificio, á instancias de su marido, para quien eran preferibles veinte mil libras en oro, pagadas por este compromiso, que el honor de los suyos.

La señora de Mailly fué muy concienzuda y tuvo que

deplorar la codicia de su marido que se quejaba de haber sido víctima en el negocio. Para decidirlo, se trató sobre nuevas bases, y los impuestos le procuraron una renta de cien mil francos anuales.

Después de una rara enfermedad, en 1738, enamoróse el rey de una tía suya, la señora de Toulouse, que tenía cincuenta años.

Espantada del ascendiente que la condesa de Toulouse adquiría sobre su real amante, la señora de Mailly llamó á una de sus hermanas para que la secundase.

La segunda señorita de Nesle, aunque no era más guapa que la primera, conquistó inmediatamente al rey, y los gabinetes de Versalles vieron desde entonces raras orgías, en que figuraban una tras otra, y á veces juntas, ambas hermanas y la señora de Toulouse.

Tal escándalo no podía perpetuarse con consentimiento de los jesuítas; eran demasiado prácticos para permitirlo.

Aquí, conviértese la historia en novela trágica.

La segunda señorita de Nesle fué atacada de súbita enfermedad que la mató en pocas horas. Su confesor, depositario de un gran secreto que debía declarar á la señora de Mailly, cayó, como herido por el rayo, antes de poder franquear el umbral de las habitaciones de su penitente.

El duque de Richelieu presentó entonces á la señora de la Tournelle, tercera señorita de Nesle, mujer adorable y muy positiva. Empezó por pedir el disfavor de la señora de Mailly y de la de Châteauroux. Sentado

este ultimátum, retiróse la señora de la Tournelle, para dejar al rey tiempo de reflexionar; pero, para que no se aburriese mucho, tuvo la delicadeza de enviarle, como intermedio, á la cuarta señorita de Nesle.

Esta última, llamada señora de Lauraguais, era fea, de dudosa distinción y tan atrevida en sus conversaciones, que recibió el apodo de *Calle de las Malas Palabras*.

Muy agradecido por esta atención, Luis XV concedió la desgracia de sus dos amantes y el ducado, no sin haber pasado por la Calle de las Malas Palabras.

Después de la muerte de la duquesa de Châteauroux, Juana Antonieta Poisson, protegida del duque de Richelieu y del arrendador general Paris-Duverney, ocupó la plaza que quedaba vacante.

La implacable historia habla aún mucho más acerca de los amores de Luis XV; pero no tenemos por qué seguirla en ese terreno, y lo que acabamos de decir debe bastar para comprender en las manos infernales que habían caído Blanca de Lagardère-Nevers y Luisa Moutier.

Ahora, vamos á explicar lo que había motivado la alegría de las dos marquesas rivales, y á decir cómo fué instituído el Parque de los Ciervos.

La extraordinaria longevidad del favoritismo de la señora de Pompadour, que databa de 1745, debíase á la habilidad verdaderamente maquiavélica que desplegaba sin cesar, ya que no para conservar el corazón de Luis XV que, desde hacia algunos años se había enfriado para con ella, cuando menos para evitar que éste con-

trajera algunas relaciones formales, que hubieran provocado su caída.

Dicha habilidad consistía en lo siguiente: en la imposibilidad en que se hallaba de impedir que el rey le hiciera numerosas infidelidades, y, por el continuo temor de que, entre esas conquistas efímeras llegara alguna que le hiciese sombra, había tomado ella misma el partido de proveer á los placeres del voluble monarca, presentándole bellezas escogidas por su propia mano y de las cuales estuviera segura de no tener nada que temer.

— ¡Que Luis tenga todos los caprichos que quiera!
— decía. — Poco me importa: lo esencial es que no tenga amantes.

Luis XV, á quien no gustaba en modo alguno lo imprevisto, aceptaba satisfecho esa reglamentación de sus amores.

Pero no era una sinecura el oficio adoptado por la Pompadour, pues al monarca gustaba la variación, y reclamaba á cada paso nuevos « sujetos ».

Ingeniábase, pues, la favorita, para renovar éstos, que los reclutaba ya en la corte, ya entre la burguesía y, á veces hasta entre las simples costurerillas.

No obstante, á la larga, cansada de estar siempre al acecho de semejante caza, formó el proyecto, de acuerdo con las señoras de Hausset y de Mirepoix, sus amigas y ayudantes en aquella caza de mujeres, de crear tranquilamente un harén para el rey.

De este modo, podría escoger él mismo las odaliscas que más le convinieran.

Una vez más nos apena el tener que hablar de este período vergonzoso de la vida de Luis XV; pero los hechos que van á seguir están íntimamente relacionados con él, por lo cual no podemos pasarlo en silencio.

El proyecto en cuestión, después de ser estudiado íntimamente por las tres damas, engendró un tratado cuyas cláusulas fueron redactadas en el acto.

En sustancia — pues no podríamos reproducirlas extensamente por el cinismo de los términos en ellas empleados — decían que á un lugar especial se llevarían jóvenes de quince á diez y seis años, para que quedasen á disposición del monarca, y permanecerían en él hasta que este último consintiera en darles libertad; que en premio de esa prisión momentánea, recibirían, á su salida, una espléndida indemnización que las aseguraría su porvenir.

Aprobadas por el rey estas cláusulas, procedióse sin demora al establecimiento del « lugar especial ».

Las memorias secretas de la época divídense aquí en dos opiniones muy diferentes.

Pretenden unos que, poseyendo la señora de Pompadour, en Versalles, en la calle del Parque de los Ciervos, un pabelloncito rodeado de un gran jardín, adonde se retiraba á veces para descansar del bullicio de la corte, y en cuyos alrededores había varias casas en venta, compró éstas casas, las unió á su pabellón por galerías subterráneas, y las arregló luego de modo que pudieran servir de agradable retiro á las reclusas que debían estar allí.

Otros, por el contrario, aseguran que, aunque la

Pompadour fué la instigadora de esa fundación, no llegó su complacencia hasta el extremo de desprenderse de una de sus propiedades en provecho de las oscuras rivales que su elevada diplomacia le aconsejaba tolerar, y hasta buscar, para evitar al rey la idea de oponerle una rival más seria.

Esta última opinión nos parece tener tanto más fundamento cuanto que, por mediación de Lebel, un comparsa, llamado Vallet, compró entonces y por cuenta del monarca, una casita de Versalles.

He aquí copia de este documento auténtico :

« Hoy ha comparecido ante los consejeros del rey, notarios del Chatelet de París, el señor Francisco Vallet, procurador del mencionado Chatelet, domiciliado en la calle de Déchargeurs, parroquia de Saint-Germain-l'Auxerrois, el cual ha declarado no tener ni pretender nada en la adquisición que acaba de efectuarse á su nombre, de una casa situada en Versalles, calle de Saint-Médéric, número 4, parroquia de Saint-Louis, con sus dependencias, por contrato registrado por los notarios que abajo firman; sino que dicha adquisición es para el Rey, pues ha sido pagada con dineros de Su Majestad, entregados á él con ese objeto. Por lo cual hace esta declaración, consintiendo que Su Majestad goce, haga y disponga de dicha casa en completa propiedad, sin que el pago que se hace bajo el nombre del compareciente, pueda disminuir la propiedad adquirida por el Rey de las dichas casa y dependencias; declarando que la expedición del mencionado

contrato de adquisición y de los títulos en él enunciados, los ha remitido á manos del encargado de las órdenes de Su Majestad, por los notarios que suscriben.

» Hecho en París, el año 1755, el 25 de Noviembre.

» Firmado : VALLET, PATU, BROCHANT. »

Las singulares circunlocuciones y los rodeos que hormiguean en esta acta, nos confirman en la idea de que Luis XV, nuevo Tiberio, excepto las crueldades, por supuesto, convirtió en Caprea la misteriosa casita de la calle de Saint Mederic.

El emplazamiento de esa casita tan tristemente célebre por el libertinaje del minotauro real, está hoy circunscrito por el triángulo de las calles de Satory, Rosiers y Saint-Martin.

Ese lugar, que fué en otros tiempos un señorío, fué comprado por Luis XIII, para convertirlo en punto de reunión para las cacerías. Las avenidas de que consta, no tardaron en servir á las expansiones de los rumiantes de que fueron pobladas.

De ahí viene el nombre de Parque de los Ciervos.

Bajo el reinado de Luis XIV, como la ciudad de Versalles adquiría gran extensión, talóse el bosque del Parque de los Ciervos; pero, lejos de perder su nombre, se lo comunicó á todo el barrio de que formaba parte la calle de Saint-Médéric.

No describiremos las escandalosas escenas que se produjeron diariamente en la casita que Luis XV había mandado comprar bajo cuerda, como lo prueba el docu-

mento arriba citado, y en las casas contiguas, unidas á aquella para formar establecimiento.

Limitémonos á decir que las víctimas arrojadas como presa á la avidez sensual del príncipe fueron incalculables y pertenecían á todas las clases sociales.

Agentes al servicio de Lebel, primer criado del rey y ministro de sus placeres, las raptaban á sus padres, á pesar de las lágrimas y recriminaciones de éstos, que se hacían callar, ora encarcelándolos, ora desterrándolos si gritaban mucho, ó bien dándoles una gran suma de dinero si querían entrar en un arreglo.

Apresurémonos á decir que eran muy pocos los que se resignaban á tan vil mercado.

Algunas de aquellas desgraciadas permanecían allí mucho tiempo : como las hermanas Murphy, dos graciosas irlandesas á quienes Boucher pintó en el traje que la duquesa de Ferrara adoptó cuando la copiaba el Ticiano. Otras no hacían más que pasar por allí como sombras, según el gusto que inspirasen al monarca, que se separaba de ellas dotándolas ó casándolas con hombres viles ó crédulos.

En ese género de vida, el rey y la marquesa tenían sus ventajas.

Él, por no necesitar esperar, como le ocurría antes, á que descubriesen una « novedad »; puesto que disponía de un harén admirablemente provisto en donde no tenía más que el trabajo de elegir; ella, por verse libre del temor que tenía de verse un día reemplazada por alguna rival seria.

Así continuaron las cosas durante ocho años, con

plena satisfacción de una y otro; y la amante oficial, más favorita que nunca, no había visto un sólo instante atacado su poder, cuando, á principios de 1763, época en que nos hallamos, apareció en la corte la marquesa de Coislin, quien, inmediatamente, pretendió el puesto que ocupaba Madama de Pompadour.

VII

LOS MALOS ESPÍRITUS SE ENCUENTRAN

La señora de Coislin, milanese de origen, era una mujer soberbia.

De elevada estatura, admirablemente proporcionada y teniendo lo que se llama belleza capitosa, atrajo en seguida la atención del rey, que se enamoró al instante con tan intensa pasión que dejó en el acto á las huéspedes del Parque de los Ciervos.

Ante el peligro que la amenazaba, estaba alocada la Pompadour.

No podía equivocarse; la conducta de la señora de Coislin era demasiado visible para que no se adivinase el objeto que perseguía. Y parecía ésta tan segura de la victoria que se atrevía á desafiar de frente á la favorita, delante de toda la corte.

Una noche, la casualidad reunió en Marly á las dos rivales, en una mesa de juego, en que jugaban una contra otra.